



Hotel calle de Almagro, 5.
Madrid. (Año 1928.)

Fachada y
detalle de la entrada.

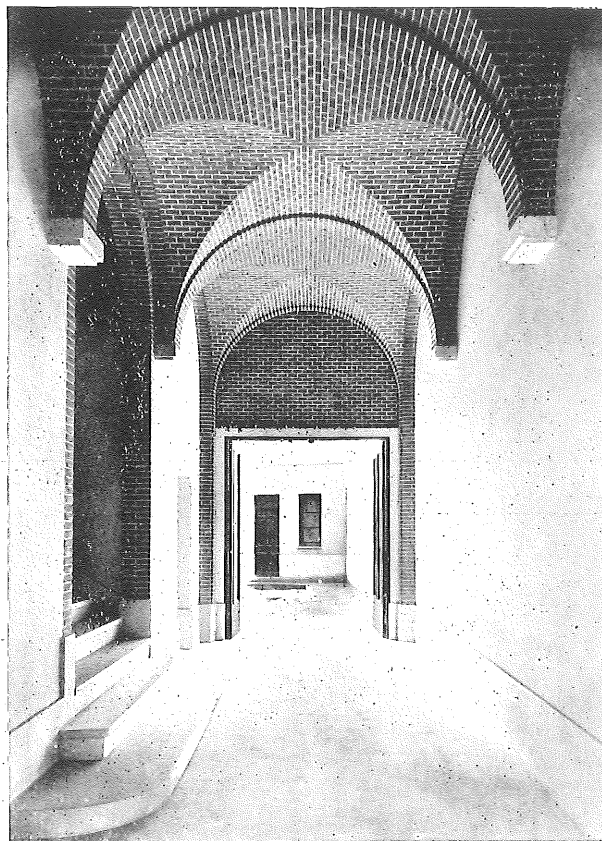
ALGO SOBRE SUS TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS Y ARQUITECTÓNICOS

POR L. TORRES BALBÁS

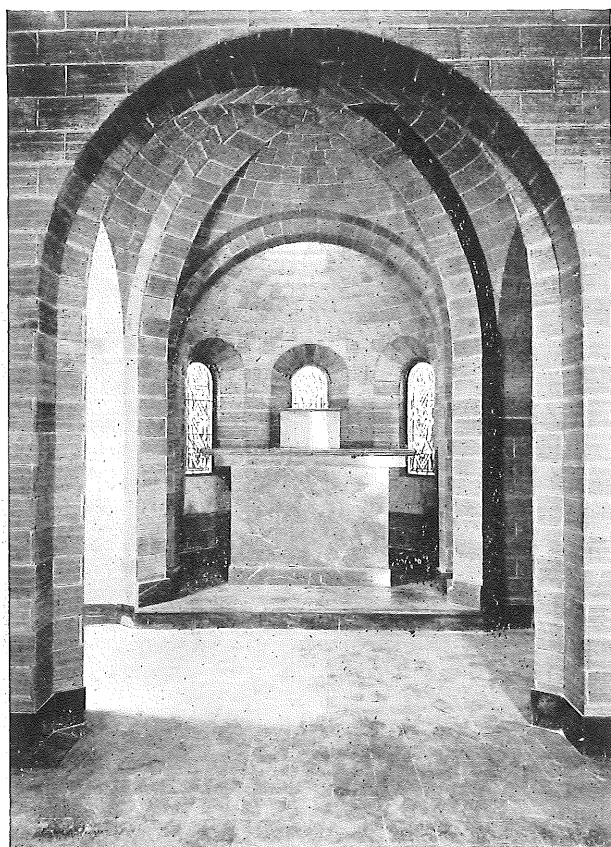
Parece destino de nuestra raza el de crear hombres dotados de las más excelsas cualidades humanas que no llegan a dar nunca el rendimiento que de éstas cabría esperar. A unos les agosta el medio, más propicio para encumbrar a medianías que para colaborar, empujándolos con espíritus de selección; a otros, es una menaguada envoltura física, que limita y corta muchas veces su vida al llegar a la madurez; no pocos llevan en sí un fermento angustiador de inquietud, de desasosiego, de falta de equilibrio espiritual—propios, con frecuencia, de quienes destacan sobre la gran masa de los mediocres—que les hace irse royendo a sí mismos, en lenta e ininterrumpida destrucción. Algo de todo ello hubo en la vida de Gustavo Fernández Balbuena: inteligencia excepcionalmente aguda y honda, espíritu inquieto, refinadísimo, voluntad fuerte, capacidad excepcional de trabajo, rectitud inflexible, curiosidad apasionada por toda manifestación intelectual, cultura técnica asombrosa, adquirida exclusivamente por el propio esfuerzo.



Zaguán del hotel particular
calle de Almagro, 5, Madrid.

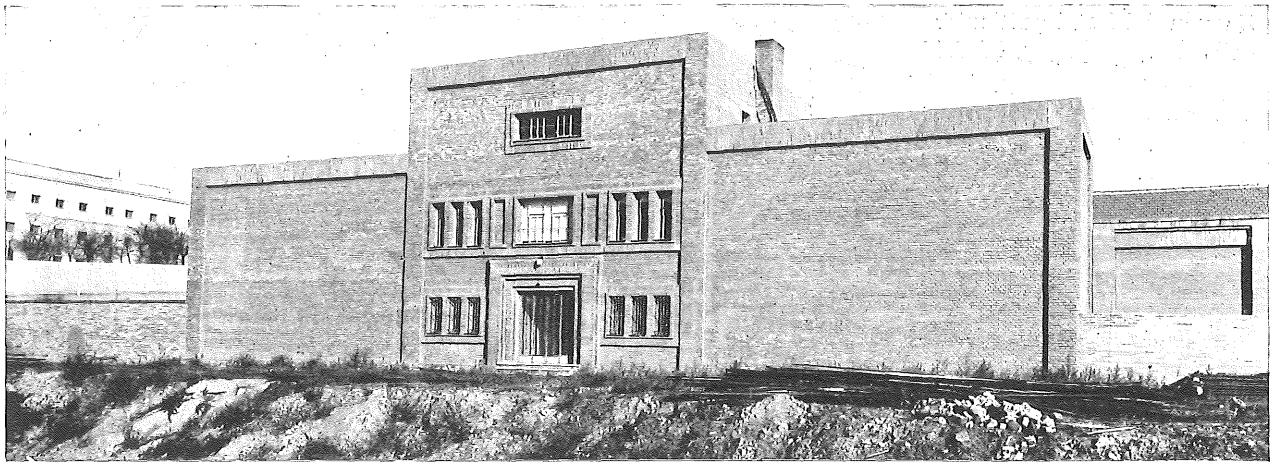


Capilla del mismo hotel.



Un hombre dotado de tales cualidades, en lucha incesante con una naturaleza débil, con un trabajo agotador, en un medio hostil capaz de concluir con caracteres de relieve menos acusado, torturado por el propio espíritu, cuya inquietud noble y febril, en ansia constante de perfección y de superación, no le dejaba un momento vivir en paz consigo mismo; con la pasión de realizar una gran labor, a la que estaba totalmente entregado, presagiando tal vez el poco tiempo que le quedaba para cumplirla.

Algunas de esas cualidades le venían de su raíz rural castellana, en lo que ésta puede tener de más selecto. Infancia y juventud pasólas entre familiares, en los que supervivía un sentido de nobleza, de señorío espiritual, de austeridad, de sacrificio serenamente aceptado, de vida familiar honda e intensa. Ese medio tradicional formó su espíritu con huella profunda, haciendo de él un hombre con una orientación bien definida, con rumbo firme; como las personalidades vigorosas, ejerció un fuerte influjo sobre todas las gentes que se le acercaron. Pasada la primera juventud, de los demás recibió bien poco; su influjo, en cambio, fué enorme, ampliado por la generosidad, con la que prodigó ayuda y consejo a todo el que se le acercaba. Pudo ser mucho mayor sobre las últimas generaciones de arquitectos, si en uno de



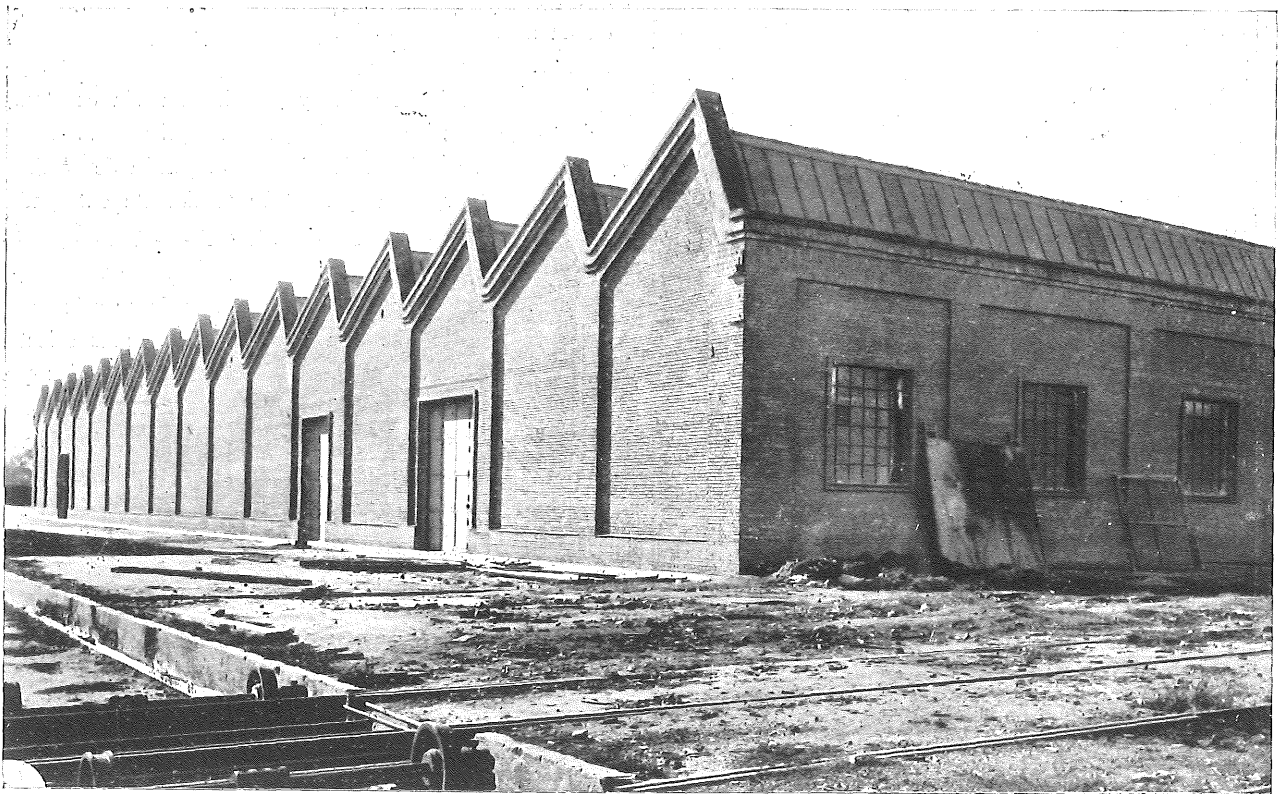
Pabellón de oficinas de la fábrica de "autos" S. E. F. A. (Año 1928.)

aquellos momentos de desconfianza de sí mismo, tan suyos, no hubiera abandonado las pruebas a cuyo final estaba el magisterio.

En las páginas siguientes se recoge algo de su labor profesional—palabra ingrata esta que él tal vez rechazaría—, resumen de las numerosas y tan variadas actividades a que se entregó, de una manera total y absoluta

siempre, durante mucho tiempo, con tal tensión, que era humanamente imposible sostenerla. Siendo esa labor—desarrollada en el espacio de unos quince años—enorme, abrumadora, no podrá dar cabal idea a los que no le conocieron de técnico; menos del hombre, cuyo excelso espíritu hacía olvidar su valía profesional tras la, más alta, humana.

S. E. F. A. Nave de montaje.





Fábrica de "autos" S. E. F. A.
Dos aspectos de la sala
de montaje.

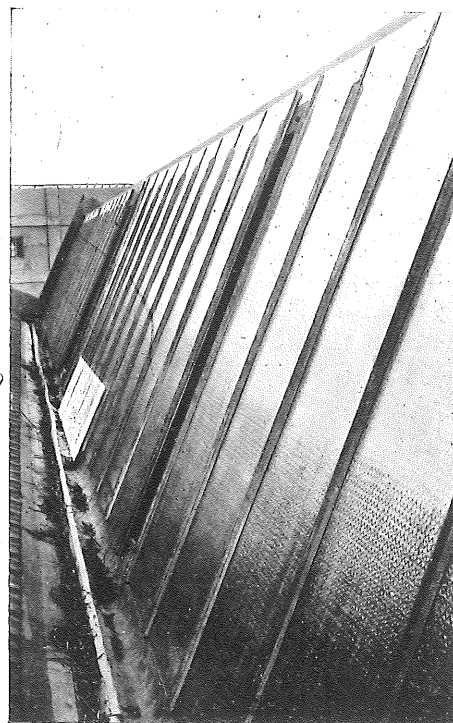
TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS.

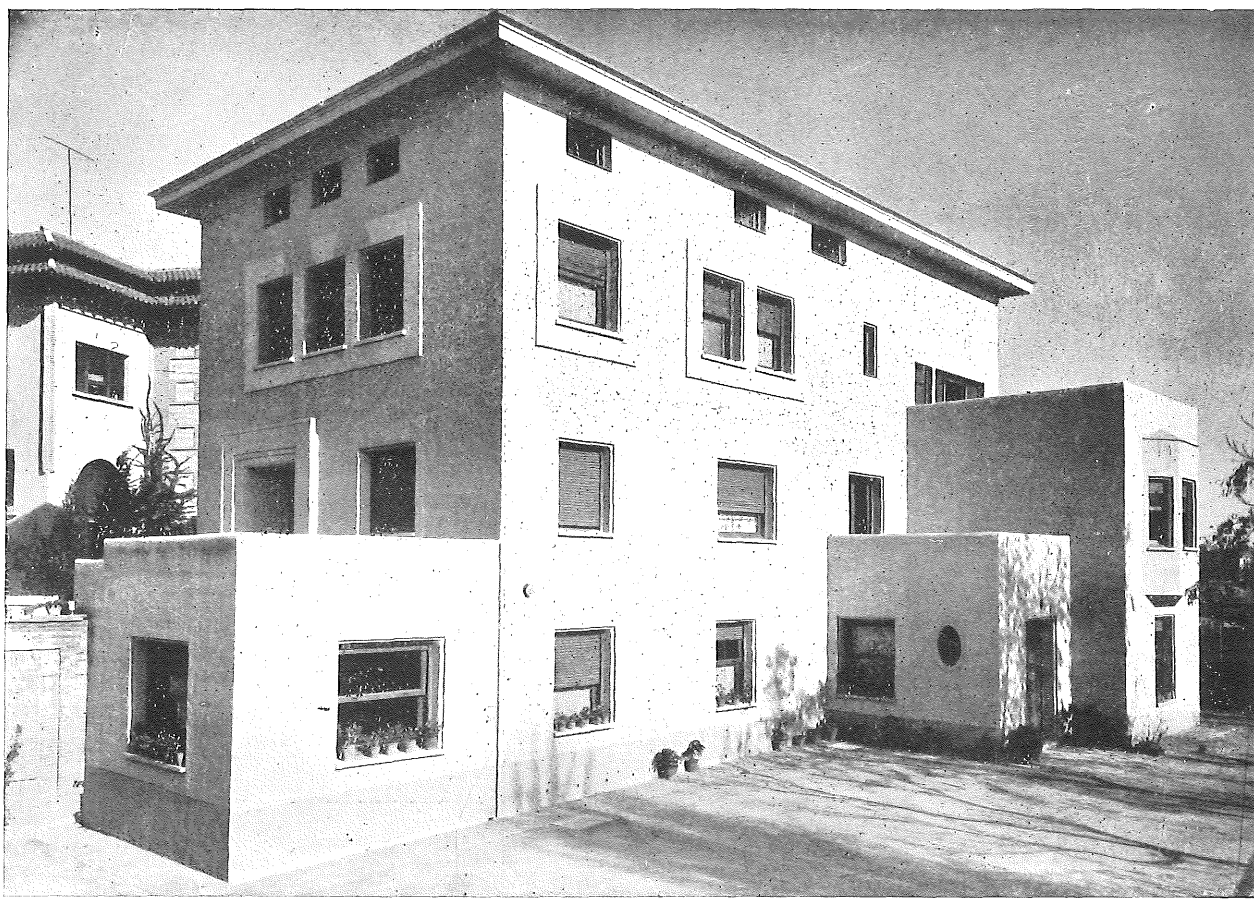
Gustavo Fernández Balbuena consagró buena parte de su actividad y su talento a los estudios de arqueología monumental, como a casi todas las diversas actividades profesionales. Fué hacia 1917 cuando emprendió la redacción del *Catálogo monumental de Asturias*, por encargo del ministerio de Instrucción pública. La conciencia, el deseo de perfección que ponía en todos sus trabajos hizole acometer una penosa y larga labor de preparación, consultando numerosísimas obras, acumulando gran cantidad de notas y apuntes, preparándose, en suma, para el viaje detenidísimo que hizo por toda la comarca asturiana. El *Catálogo*, entregado, permanece inédito; muestras de él son la excelente monografía, publicada en estas páginas, de la Colegiata, desconocida hasta entonces, de San Pedro de Teverga (1), y la que se inserta a continuación.

Nuevas y apremiantes actividades le alejaron de estos

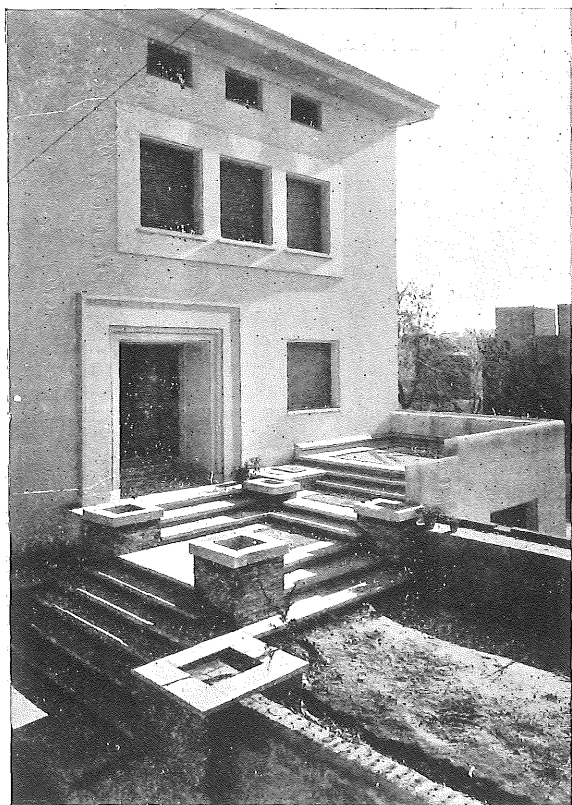
(1) ARQUITECTURA, agosto, 1920, número 28.

Exterior de la montera.





Hotel calle de Serrano, 112 (1930-31).



estudios; años más tarde tuvo ocasión de reanudarlos, realizando estudios e investigaciones muy interesantes en el ex monasterio cisterciense de Sandoval (León) y en el de la misma orden de San Bernardo (Toledo). En el primero descubrió las dependencias conventuales del siglo XIII, ocultas bajo una envoltura de los siglos XVII al XVIII, consiguiendo salvar gran parte de la documentación de aquella época, que estaba en trance de perderse.

ARQUITECTURA MODERNA.

Muy lejano parece ya el tiempo de formación escolar arquitectónica de Gustavo Fernández Balbuena. Eran los años inmediatamente anteriores a la gran guerra. Trabajábase en nuestra Escuela de Madrid bajo sugerencias muy diversas: en los croquis de Otto Rieth buscábase fantasía, monumentalidad; a las obras de Sommaruga y Otto Wagner pedíaseles orientación y sentido modernos, depuración de formas; a los edificios españoles del Renacimiento y de la época barroca—fotografía de de recorte—solera de raza, espíritu nacional. La parte alta de los edificios debía terminarse por una silueta movida de torreones, pináculos y cresterías.



Hotel Serrano, 112.



Estudio.



Hotel particular (1930-31).

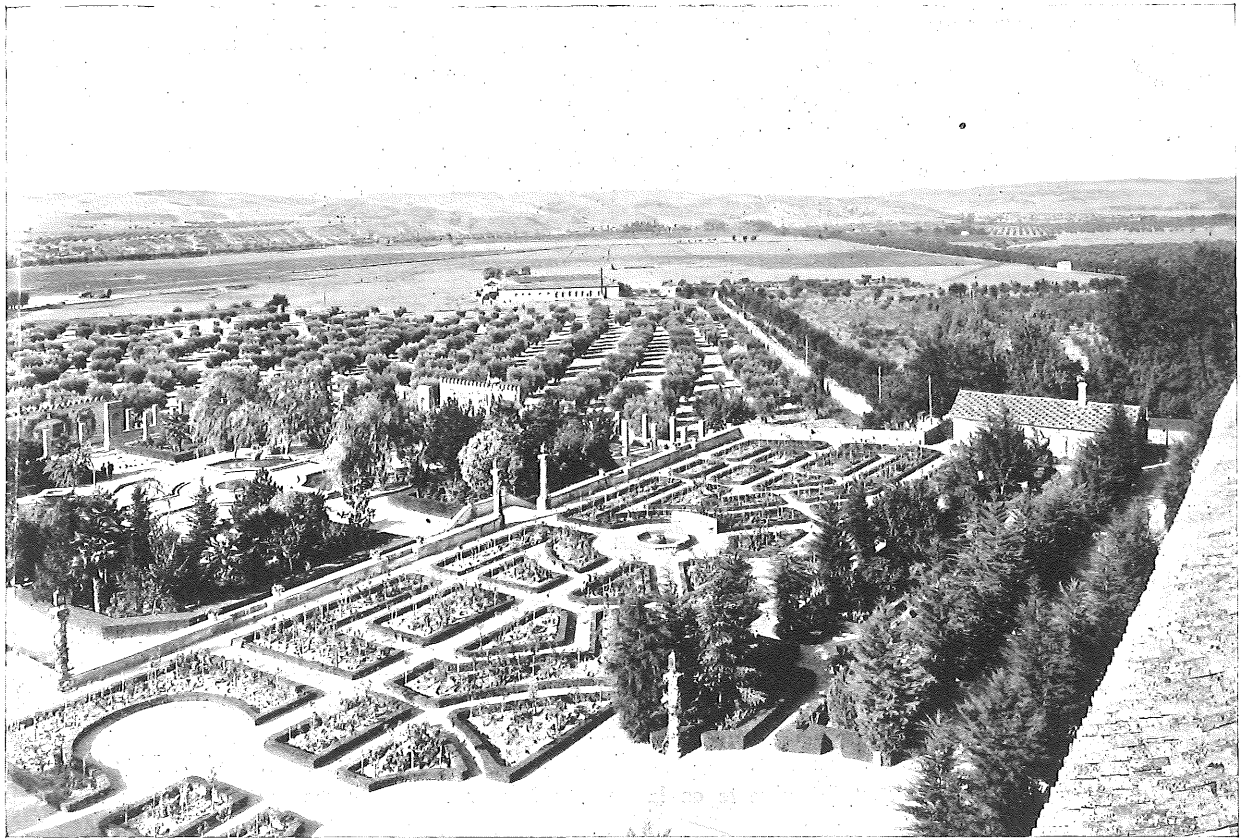
Calle de Valdivia, 4, Madrid.

El espíritu crítico de Balbuena le hizo sentir rápidamente que todo aquello tenía que desaparecer, que la arquitectura—y sobre todo la arquitectura de nuestros días—era cosa muy diferente del saldo de formas recogidas en la época escolar. “Es el actual un momento culminante—escribía en 1919—, de una decadencia sin precedentes en la historia de la arquitectura... Concebimos ampulosamente, somos elementalmente enciclopédicos y nos falta el espíritu crítico.” En el artículo del cual son estos párrafos aparece claramente el drama de Fernández Balbuena, como arquitecto (1). Su espíritu, recogiendo un sentir todavía difuso, íbase tras de su arte: “puro, simple, sin nervios enfermos, ni decadencia, ni literaturas como causas”, un arte de “expresión concreta, demostrativa de un pensamiento claro y distinto, de fórmulas tranquilas, reposadas y transparentes, donde la razón es puro esquema”, renegando del “conjunto de formas arquitectónicas, restos de los estilos históricos, empleados sin sentido estructural, sin conciencia de su significación intrínseca, con criterio de almacenistas de viejo, de pirotécnicos de feria”.

Es decir, aspiraba a una arquitectura de formas sencillas, puras, que expresasen “un conflicto de técnica

moderna, de un sistema nuevo”, sin preocupaciones de “carácter nacional—y aun regional—”. Pero, por temperamento, este hombre, que quiere ser un clásico—en el amplio sentido moderno de la palabra—, tiene un magnífico espíritu atormentado, barroco, que le hace resolver los problemas por los caminos más retorcidos y complicados, huir siempre de las soluciones claras y sencillas, en rebusca de las complejas y ocultas. Era “un barroco espiritual formidable”, juicio suyo aplicado a Yarnoz, tras del cual hay tal vez algo de autorretrato. Si hubiera sido Gustavo Fernández Balbuena uno de tantos espíritus frívolos y vulgares, esa oposición entre su aspiración ardiente al clasicismo y su temperamento barroco no hubiera tenido importancia. Pero en hombre de tal sinceridad interior produjo una lucha constante, dramática y agotadora, que creemos se puede seguir en sus obras, no sólo en las fachadas, sino en las plantas y hasta tal vez en las estructuras. Por su esfuerzo enorme de voluntad iba triunfando de su temperamento el deseo de su espíritu, y en dos de sus últimas obras—los hoteles de la calle de Serrano, número 22, y de la calle de Valdivia, número 4, de las que han desaparecido las líneas curvas de construcciones anteriores y la complicación de cubiertas, anuncian un período de plenitud dentro de formas sencillas, modernas, que ha truncado la muerte.

(1) Andrea Romano (Gustavo Fernández Balbuena), *Divagaciones sobre Arquitectura* (“Arquitectura”, año 1919, enero, Madrid).



Conjunto del jardín de San Bernardo (Toledo) reformado. (Años 28-30.)

